El Sr. Cuevas al narrar el suceso que nos ocupa ha dicho en tono interrogatorio: «¿Es este un elocuente prodigio con que la Virgen Santísima manifiesta que acepta la piedad y amor con que quieren coronarla las razas mexicanas? Este prodigio prepara el otro milagro de que después de ser coronada por sus hijos reaparezca con nuevo brillo la corona que antes tenía? Mientras la sabiduría de los prelados no hable, á los fieles toca esperar con temor y temblor el prodigio de Aquella á quien los siglos y las generaciones han llamado Virgen poderosa y Virgen misericordiosa.» (Id. ibid.)

TERRESTRE!

consumo our antiquas over lebia

Respuesta á estas preguntas.—Razones generales.— La séptima especial.—Por qué?

El ingenio y la piedad se reunieron en el escritor católico para encontrar la verdad. No sabemos si los Prelados creerán hacer oir su voz en este asunto, ni conocemos sus enseñanzas en el caso; pero conocemos que la razón, iluminada por la fé, se siente arrastrada á dar una respuesta afirmativa á la primera pregunta. Sí; la desaparición de la corona es un prodigio con que la Virgen santísima manifiesta que acepta la piedad y amor con que quieren coronarla, y de hecho la han coronado, las razas mexicanas. Si aca-

so después de ésto, haya de reaparecer la corona, no lo creemos, porque perpetuamente tendrá la que sus hijos le han colocado.

Los seis motivos expuestos son en cierto modo generales y comunes á todos los milagros, pues es claro que todos se hacen para manifestación de las obras de Dios, para firmeza de la fé, para consuelo de los buenos y confusion de los malos; mas el séptimo motivo, que acabamos de indicar, es especialísimo, y por decirlo así, característico de esta maravilla. Procuremos por tanto entenderlo bien.

Ya se ha diche per espíritus piadosos: «la Virgen de Guadalupe dejó su antigua corona, por recibir la nueva que sus hijos le preparan;» mas no se ha insistido en ello, y se ha dejado pasar la idea, como una piadosa consideración sin subsistencia. Mas aquí la piedad ha atinado con la verdad, y la idea merece fijar la atención de los hombres juiciosos y de los espíritus reflexivos. La Virgen María dijo á Juan, su electo mensajero: «aquí me mostraré madre amorosa de cuantos me invocaren.» Ahora bien; como la Virgen es fidelísima en sus promesas, y sus palabras deben ser eminentemente verdaderas, de ahí es que con entera justicia podemos atribuirle los sentimientos de una madre, y sobre todo, de una madre tierna y amorosa. Supongamos, pues, que una noble y rica matrona, rodeada de numerosos hijos que entrañablemente la aman, llega á saber que éstos le preparan como un obsequio para el día de su cumpleaños un hermoso aderezo, para engalanar su cabeza: ella lleva ya otro, mucho más rico y más precioso que su

esposo le dió para el día de sus bodas, y que ella porta siempre como prenda de amor de su querido consorte. Cuando llega el día del obsequio filial, ¿no dejará con fineza esta madre su preciada joya para adornarse con la que sus hijos vienen á obsequiarla? Aun cuando pudiera llevar á un tiempo entrambas ¿no muestra mayor cariño y más fineza dejando por entonces la primera aunque más rica, para significar cuánto aprecia el regalo de sus hijos? Indudable és; y así vemos que acaece en coyunturas semejantes. Tiénese aun por incivilidad, el no lucir alguna joya ó vestidura que se recibe en obsequio, y esto, recientemente recibida.

Si la Virgen María, si la Madre de Dios es la misma fineza, y si prometió mostrarse madre amorosa en su templo, ahora que su basílica se ha engrandecido y hermoseado, ahora que sus hijos le iban á preparar una rica corona, aunque inmensamente inferior á su corona celeste, cuanto la tierra es inferior al cielo; cuando su pueblo fiel, su México querida, rebozando de entusiasmo le adereza la magnifica joya; ¿no parece que la tierna Guadalupana, debería de quitarse su corona de rayos de oro, para recibir la que sus hijos le dedicaban? Innegable nos parece esta fineza, en el corazón de una Madre como ella. Y esto se confirma con dos circunstancias notables del prodigio: ¿por qué no desapareció la corona en el pasado siglo, ó en la primera mitad del presente? Porque aun no llegaba la época de la coronación; los desdenes y las negaciones, los insultos y las burlas de los enemigos, aun no llegaban á su colmo, para

excitar la fé y el amor de sus amigos, y hacerlos pensar en esa dulce compensación para su Reina y su Madre. Llegada la época, verifícase el prodigio, como para hacer notar la relación que media entre ambos.

Mas ¿por qué no se desvanece la corona en los años mismos de la preparación de la corona? Era para callar la boca de los impíos, que dudarían de ese milagro, como dudan de la aparición, y no dejarían de atribuir á la mano del hombre lo que sólo obrara el dedo de Dios. Que si aún desapareciendo la corona antes que nadie pensase en la coronación, todavía se ha osado suponerla efecto de una superchería ó de un atentado; pero la prueba del tiempo en que se verificó, prueba perentoria, como hemos visto, basta para convencer á todo espíritu recto, y para hacer enmudecer y confundir á los adversarios. Repetimos, pues, la corona desapareció hacia la época de la coronación, y no antes, para mostrar que la bendita Virgen aceptaba la ofrenda de sus hijos; desapareció un poco antes del principio de esa empresa, para que no se dudase que la mano de Dios andaba en ello, y no se viese nadie tentado á atribuirlo á la acción de los hombres. Pero: ¿reaparecerá la antigua corona de dorados rayos con nuevo brillo, como se pregunta? No es fácil conjeturarlo; parécenos que la nueva corona terrestre, ya preciosa por sus materiales y por su artificio, lo es demasiado por su simbolismo, y no ha menester ser suplida ó ayudada por otra á magnificar á la Reina Guadalupana. Veamos, si nó las grandezas y excelencias que simboliza.

La corona terrestre.—1. Símbolo de perfección.—2. De victoria.—3. De regocijo.—4. De soberanía.—5. De fecundidad.—6. De gloria.—7. De reconocimiento.

A la corona desaparecida de la Imagen portentosa, la llamamos celeste, por sus materiales, y sus artifices, todos del cielo. A la corona de oro y piedras preciosas, materiales de la tierra, y por humanos artifices fabricada, la llamamos corona terrestre. ¿Puede ésta, sin desventaja, reemplazar á la primera? Creemos que sí, pues las razones porque en la tierra se imponen las coronas, militan todas en favor de la Imagen guadalupana, y engrandecen y ensalzan á la Madre de Dios.

Primeramente, la corona es símbolo de perfección: se corona á un artista que produce una obra acabada, se llama coronar una obra ó una empresa cuando se lleva á su total complemento, ó su final remate, y á su cabal perfeccionamiento. Y aún por eso la corona es redonda; la figura circular sin quiebras ni ángulos, sin admitir disminución ó aumento, es señal de perfección, así como careciendo de extremos, es símbolo de perpetuidad y eternidad. Así, el anillo, cerrado, es prenda de amor, como sentimiento puro y perfecto, y el anillo esponsalicio, antiquísimo y aún durable en las ceremonias del matrimonio, es indicio de perpetuidad, indisolubilidad, y paz sin mengua.

La Madre de Dios es perfectisima criatura; la Imagen guadalupana es una perfecta pintura, ya por su

origen portentoso, ya por su belleza arrebatadora, por ese encanto que derrama en torno suyo, y esa delicia sentida, pero no explicable, que difunde en los corazones. Su vista enternece, comueve, emociona, hasta hacer derramar muchas veces copiosas lágrimas á quien la contempla. Pues bien; la corona simboliza su perfección y su hermosura.

En segundo lugar, la corona es símbolo de triunfo y de victoria. Sabido es cuan gloriosamente coronaba Roma á sus generales triunfadores, y el Apóstol San Pablo nos habla de la corona que recibian los vencedores en las carreras y otros juegos olímpicos. (1. Cor. IX.) La Virgen santísima, en su advocación de Guadalupe, triunfó, en su venida, de la idolatría, tan profundamente arraigada en las razas indígenas; conforme á una de las significaciones de su nombre, triunfó de los demonios, «ahuventando á los que nos devoraban,» y plantando sus reales, en el mismo sitio, donde el demonio, tomando el nombre de Madre de Dios, atraía las muchedumbres y engañaba á los pueblos; triunfa del protestantismo, que rodeado de medios humanos, y pagando á buen precio la apostasía, habría hecho innumerables víctimas, á no ser por la protección de la Virgen, que hace se conserve viva la fé en medio de la heregia, como del espiritismo, y otros modernos errores; ha triunfado de sus enemigos que han hecho una guerra tremenda á la verdad de su aparición, á la amplificación de su templo, á las empresas de sus amigos, á su coronación, y ahora siguen haciéndosela al prodigio de su fineza y de su amor maternal. Mas Ella de todo

ha triunfado, y por eso ha sido coronada con corona de victoria, y de gloriosísimo trofeo.

En tercer lugar, la corona es símbolo de regocijo. La Sagrada Escritura nos muestra á los mundanos coronándose en sus fiestas y placeres con coronas de rosas, (Sap. II. 8.) y en el Libro de los Macabeos se refiere cómo obligaban á los isrraelitas, á rodear á Baco, coronados de yedra, (2. Mac. VI. 7.) en señal de regocijo en el natalicio del Rey.

La Virgen Santísima es saludada por toda la Iglesia con el título de «causa de nuestra alegría,» y la Guadalupana es en particular la alegría de nuestro suelo, ya porque como Judit, vencido Holofernes y libertada la ciudad, merece ser aclamada (y se la aclama en el Oficio novisimo,) la alegria de Israel, la honra de nuestro pueblo, (5ª aña laud.) ya porque, como Ester, llamada también Edissa, que quiere decir, «la de mirto,» porque el mirto es símbolo de alegría, y se repartía en los convites para regalo por su aroma, nuestra Virgen de Guadalupe deleita y encanta como aroma suavísimo á los que la contemplan; ella ha serenado millares de semblantes entristecidos; ha calmado hondísimas penas; ha enjugado amarguísimas lágrimas, y ha restituido la alegría del Salvador, á muchas almas manchadas; y así ella ha sido coronada con corona de gozo, de contento y de júbilo santo; y el regocijo de sus hijos al coronarla, no ha podido menos de estallar en su basílica, aplaudiéndola á voces y batiendo palmas, en un rapto de entusiasmo incoercible.

En cuarto lugar, y muy principalmente; la corona

era símbolo de soberanía, y de dignidad real. En los primeros tiempos solo los dioses se coronaban, y después se extendió la corona á los príncipes y reyes, como representantes de la Divinidad, y poseyendo el dominio de los pueblos y naciones. Así se lee en el capítulo cuarto del Libro de Judit, que los magnates v los príncipes de las ciudades, temerosos de Holofernes, generalísimo del ejército y representante del Rey de los asirios, salían á recibirle con lámparas y con coronas, tratándole como á soberano y poniéndose bajo su dominio. Y dos capítulos después, narra como Mardoqueo fué paseado en triunfo coronado de una diadema, con aparato real, tal vez con la corona de rayos á semejanza de los del sol, como la usaban los reyes de Persia. Pues aquí, á la Virgen augustísima, que si no es Dios, es mayor que tedo cuanto no es Dios, y la más allegada á la Divinidad, y que toca sus confines, como dice el Angel de las escuelas, y por tanto como á Madre de Dios, y Reina de lo creado, se le debe corona de realeza y de soberanía. Y por eso ante esa Imagen tomaban los Vireyes las insignias de su mando, y en el día de la coronación, los Prelados, Principes de la Iglesia, presentaron sus báculos y sus mitras, cetros y coronas del gobierno eclesiástico, ante la Virgen de Guadalupe, reconociéndola por Reina y soberana. Y coronarla por Reina, es declarar á Jesús su Hijo, Rey, y afirmar su reinado social, hoy tan combatido por los gobiernos y los masones; por lo cual la coronación fué el blanco de la saña de los sectarios, y de las burlas de los impios que lograron al principio im-